

Nuevas desigualdades, nuevas políticas

El programa de la izquierda se resume, finalmente, en dos palabras: libertad e igualdad. Y si damos a esta segunda, la igualdad, una dimensión suficientemente amplia, esto incluye también la solidaridad, en el sentido de compartir la suerte de los otros, de considerar que ningún sufrimiento de un ser humano nos es ajeno. La igualdad es, en cierta manera, una condición para la libertad. Y entre las raíces de la socialdemocracia está la idea de que la libertad no es posible, finalmente, si no es entre iguales y si no somos libres, para empezar, respecto a nuestras necesidades (el *freedom from want* de Beveridge, en el despegue del Estado del bienestar inglés, después de la Segunda Guerra Mundial).

Libertad e igualdad continúan siendo los valores básicos de cualquier planteamiento progresista. Pero lo primero que hemos de hacer, para alcanzar una sociedad justa y libre, y ahora pasamos de los valores a la política, es saber que en la realidad social no todo puede obtenerse sin coste. Y que en el pasado las políticas socialdemócratas han creído, demasiadas veces, que el Estado podía resolverlo todo. Anthony Giddens, entrevistado por Francesc Trillas, pasa por ser el impulsor de la Tercera Vía. Las etiquetas no son lo más importante, sino los contenidos. Y lo que está claro, como el propio Giddens subraya, es que si la Tercera Vía tiene algún sentido no es como una posición intermedia y equidistante entre la socialdemocracia y el neoliberalismo, sino como una vía de reforma de la socialdemocracia. Esta alternativa pasa hoy por situar al ciudadano, con todas sus potencialidades, en el centro de nuestro proyecto. Y por entender que, de la misma manera que sólo hay libertad entre iguales, así también sólo individuos libres y responsables son capaces de dirigir sus propios destinos en el proyecto emancipatorio que constituye en definitiva el objetivo del socialismo.

No es de extrañar, entonces, que la reflexión sobre la igualdad, y en especial sobre las nuevas desigualdades, constituya el dossier central de este número de nuestra revista. La modernización del Estado del bienestar nos obliga a no caer en actitudes rutinarias y acomodaticias. Nos obliga a ver donde hay nuevos problemas y a proponer nuevas soluciones. Los artículos de Adela Cortina, Germà Bel, Daniel Raventós, Lluís Flaquer i Vicenç Navarro abordan esta cuestión desde diferentes perspectivas, y esperamos que contribuyan a este propósito.

Ernest Lluch. Amigo, compañero y patrón de la Fundación. No podíamos cerrar este número de FRC, en el que oímos el estridente silencio de su voz –la colaboración que había comprometido con nuestro editor– sin dedicarle un sentido recuerdo. Se trata de un homenaje sencillo y sincero: la reproducción de la nota manuscrita que había redactado, para el archivo histórico de la Fundación Rafael Campalans, sobre cómo entendía el socialismo, forma rica y plural de la racionalidad del presente, la que toca y viene de lejos. Vale la pena leerla. Las circunstancias que la rodean le han dado, involuntariamente, un valor añadido trágicamente testamentario. Ernest y nosotros, como verán, hablamos un mismo lenguaje.